

EL DIVORCIO POR AMOR.

COMEDIA EN TRES ACTOS,

EN VERSO,

Por D. F. E. CASTRILLON.

REPRESENTADA EN EL TEATRO DE LA CALLE DE LA CRUZ

EL DIA 17 DE FEBRERO DE 1808.

Dos esposos bien unidos

no se deben separar

sino en el postrer suspiro.

Arab. Acto 3.º Escena 7. pág. 27.

CON LICENCIA: EN MADRID

EN LA OFICINA DE DON BENITO GARCÍA Y COMPAÑÍA,

AÑO DE 1808.

*Se hallará en la librería de los Señores viuda de Quiroga y Sainz,
calle de las Carretas, número 9, con quantas comedias, tragedias y saynetes
se han impreso hasta esta época.*

PERSONAS:

Cárlos Duval.....Señor Juan Carretero.

Arabela, su esposa.....Señora Coleta Paz.

Enrique, su hijo, niño de cinco años...

Madama Duval, anciana, madre
de Cárlos.....} Señora Josefa Virg.

Mr. Courville, comerciante.....Señor Josef Diez.

Mr. Armad, su amigo.....Señor Antonio Ortigas.

Mr. Dupol.....Señor Francisco Baca.

Francisco, antiguo criado de Arabela..Señor Mariano Querol.

La Escena es en Marsella.

ACTO PRIMERO.

El Teatro figura una magnífica sala, pero sus adornos no serán correspondientes: se verán las ventanas y puertas sin cortinas, en la pared el hueco donde hubo un espejo: una silla del mayor lujo estará á un lado, y junto á ella otras de paja de las mas humildes: una mesa de madera sin ningun adorno, en la qual habrá un candelero con un cabo de vela, que casi se estará apagando: á un lado una ventana usual.

ESCENA PRIMERA.

Arabela sentada junto á la mesa bordando.

Arab. ^AUn no concluyo mi obra,
y ya se acaba la vela
que me alumbra: si me falta
la luz ántes que amanezca,
y el sueño me rinde, entónces
es imposible que pueda
concluir hasta muy tarde
este pañuelo. Arabela,
qué infeliz eres!

ESCENA II.

Dicha, y Francisco que sale de puntillas.

Franc. Señora,
pasasteis la noche en vela?

Arab. Ya lo ves.

Franc. Muger heróica. *aparte.*
Pero espavilar siquiera
ese cabo: Ay Dios!

Va á espavilar y apaga la luz.

Arab. Qué has hecho?

Franc. Como la mano me tiembla
apagué la luz. En fin,
ya poco tenia ella
de vida.

Arab. Pero ese poco

puede que tiempo me diera
para acabar el pañuelo.

Franc. Si el demonio de la vela
se apagó, qué hemos de hacer.
Aprovechad tan siquiera
este rato en descansar.

Arab. Que descanso quieres tenga
quien sabe que de su afán
depende la subsistencia
de su esposo, de su hijo,
y de una anciana.

Franc. Una suegra
por todos quatro costados.
Yo no tuviera paciencia
para aguantar su mal genio.

Arab. Qué quieres? Anciana y ciega.

Franc. Y sorda para mas gracia.

Arab. Por lo mismo de por fuerza
ha de vivir disgustada.

Franc. Admiro vuestra prudencia;
pero señora, es posible
que no queráis vuestras penas
confiar?

Arab. A quién Francisco?

Franc. No habrá algun amigo?

Arab. Y quedan
amigos á un desgraciado!

Franc. Sí señora : pues la regla no es tan general que á veces sus excepciones no tenga.
Aun hay hombres en el mundo que de ser hombres se precian.

Arab. Pequísimos.

Franc. Oh, no tal.

pues quedamos en tinieblas bien será que conversemos.
A obscuras no sé que pueda buscarse mejor recurso para llevar con paciencia el tiempo. Sabeis señora, que tengo una cierta nueva que comunicaros.

Arab. Qué?

Franc. Es que luego no quisiera que os enojarais.

Arab. Por qué?

Franc. Pues sabed que está de vuelta Mr. Armand.

Arab. Sea en buen hora.

Franc. Yo le he hablado.

Arab. Quizás venga el alba: abre la ventana.

Franc. Allá voy... Con qué destreza

Va á abrir la ventana.

muda de conversacion.

Se aclara el teatro.

Arab. Ay, que ya es de día: acerca esa mesa á la ventana y concluiré mi tarea.

Franc. No juzqué fuese tan tarde.

Arab. Y con tus impertinencias me has hecho perder el tiempo.

Franc. Impertinencias? Quisiera persuadiros que en Armand teneis...

Arab. Mira si aun sosiega tu amor.

Franc. Vaya, está visto que jamás á esta materia contestará: qué muger!

Arab. Que Armand está ya en Marsella.
Bien dice Francisco, él es mi único amigo: sus prendas le merecen este nombre,

mas nunca sabrá mis penas, nunca yo recurriré á el favor que me franquea su amistad.

Sale Francisco.

Franc. Aun duérme mi amo.

Arab. Lo celebro. El cielo quiera que sea su sueño tranquilo.

Franc. Qu'éralo Dios; pero fuera harto mejor se acordase de que su esposa está en vela.

Arab. Crees que mi situacion no le affige?

Franc. Si es que piensa que por su causa os hallais reducida....

Arab. No lo creas: mi esposo no tiene culpa.

Franc. Vaya, esto me desespera; pues decid que diablos hizo de las quantiosas riquezas que disfrutaba, y que fueron causa de que consiguiere vuestra mano, pues mi amo (Dios en su gloria le tenga) mirando que era mas rico que Armand, hizo de manera que el otro fué despedido.

Arab. Dexemos esta materia.

Franc. Para gastar en tres meses tanto caudal, de por fuerza habrá tenido....

Arab. Desgracias, y esto basta.

Franc. Norabuena; pero qué desgracia ha sido la que ruina tan completa ha causado?

Arab. Yo lo ignoro.

No quise agravar sus penas con semejante pregunta.

Franc. Y con silencio y paciencia sufris la suerte mas dura del mundo. No habrá quien crea que os desposasteis con él tan solo por obediencia. y sin amor.

Arab. Por lo mismo;
 porque el amor no me ciega,
 pude juzgar su carácter,
 y dar á sus buenas prendas
 el mismo valor que tienen
 en realidad: fueron ellas
 las que inspiraron á mi alma
 la estimacion mas completa.
 Despues tuvimos un hijo,
 y el nombre de madre estrecha
 mas mi estimacion, de modo
 que en una amistad perfecta
 vivimos sin echar ménos
 los extremos y ternezas
 del amor.

Franc. Lo mejor es,
 como ocultais á la suegra
 la situacion á que estais
 reducidos.

Arab. Como es ciega
 es bien fácil de engañar.
 Nada supo de la venta
 de los muebles, porque yo
 conservé la silla esa
 de que se sirve, y su cama.

Franc. Me rio quando vocea
 llamando á tantos criados
 como habia, y qual reniega
 como nadie la responde,
 sino yo. *Arab.* Quiero no sepa
 que los hemos despedido.
 Gracias á Dios, mi tarea
 concluí. Ves al instante
 donde sabes á venderla.

Franc. Muy bien.

Arab. Traerás lo primero
 el café, para que pueda
 mi madre desayunarse.

Franc. Eso es preciso.

Arab. Antes dexa
 aquí su taza.

Franc. Qué taza?
 La de china? Ya está fuera
 de casa.

Arab. Vendida? *Franc.* Sí:
 para que el niño tuviera
 zapatos la vendí ayer.

Arab. Qué dirá quando lo sepa
 mi madre?

Franc. Puede que acaso
 no lo conozca... Ya sueñan
 pasos.

Arab. Mira si es tu amo.

Vase Francisco.

Arab. Que situacion tan funesta
 es la mia! Dios eterno,
 tu soberana clemencia
 imploro.

Sale Francisco.

Franc. Madama viene,
 y el amo por la otra puerta
 ha salido.

Arab. Se ha marchado
 sin verme? A qué diligencia
 irá. *Franc.* Yo no sé.

Madama Duval desde dentro.

Mad. Tomís?

Franc. Sí, llamale hasta que venga.

Arab. Ves á vender el pañuelo
 y traer café.

Franc. De vuelta
 estaré pronto.

ESCENA III.

*Arabela y Madama Duval, que sale
 con un baston. Arabela se adelanta
 y la conduce á una silla, advirtiéndole
 que siempre que la habla debe hacerlo
 en voz alta: igualmente ella ha de
 manifestar en el tono con que la res-
 ponde quanto la aborrece.*

Mad. Tomás?

Válgame Dios que paciencia!

Arab. Qué quereis amada madre?

Mad. Nada: mi señora nuera: con enfada.
 llamo á Tomás.

Arab. Está enfermo.

Mad. Qué...

Arab. Que está enfermo.

Mad. De veras?

Pobre muchacho, lo siento.

Vaya, pues venga qualquiera
 de los otros.

Arab. Ay Dios mío! *aparte.*

Decid quanto se os ofrezca
que yo os serviré.

Mad. Mil gracias, *con ironía.*

no es regular que mi nuera
se incomode tanto. *Arab.* Vaya,
qué queriais?

Mad. Que me traxeran
el desayuno. *Arab.* Al instante
os le van á traer. *Mad.* Apenas
me levanto, necesito
desayunarme, ó expuesta
estoy á que me dé el flato.
Hace que sigo esta regla
cincuenta años, y no es justo
el que aguarde horas enteras
unas quantas cucharadas
de café.

Arab. Tened paciencia,
que Francisco está á buscar
los bizcochos. De por fuerza
tardará, porque está el pobre
algo torpe.

Mad. Mejor fuera
haber enviado á otro:
á bien que en la casa ésta
hay abundancia de zánganos.

Arab. Yo no sé qué responderla. *ap.*

Mad. Pero son como sus amos,
ninguno de mí se acuerda,
y entre tantos ni uno solo
se digna venir siquiera
á ver si algo se me ofrece.

Arab. Ya no hay la familia mesma
que habia. *Mad.* Cómo?

Arab. Mi esposo
despidió algunos. *Mad.* Si: eran
demasiados. *Arab.* Por lo mismo
aconseja la prudencia
establecer cierto orden
de economía.

Mad. Y que entra
en la nueva economía
quitar á la pobre ciega
su café? *Arab.* Podéis creer
tal disparate. *Mad.* Arabela,
quando tu esposo era niño

no estaba la casa nuestra
muy sobrada, mas con todo,
porque él no careciera
de nada, sabía yo
gastar ménos que quisiera.
Ahora le tocaba hacerlo
por su madre, si esto fuera
preciso, una gala ménos
á su esposa, y que se invierta
aquello en bien de la madre.
Esto era cosa muy puesta
en razon. *Arab.* Pero advertid....
Mad. Calla, que aunque me hallo ciega,
á veces veo mas claro
que deseára: no creas
se me oculta que la casa
va á la diablo: que no reyna
sino el desórden. En fin,
quando los amos se entregan
al ocio....

ESCENA IV.

Dichas y Enrique.

Enriq. Felices dias
querida Mamá.

Mad. Vén, llega
á darme un abrazo, Enrique.
No te acuerdas de tu abuela?

Enriq. Sí señora.

Mad. Pobre niño!
Si en esta casa se esmeran
en cuidar tanto á los niños
como á los viejos, de veras
te compadezco.

Arab. Ay Dios mío,
quán infundada es su queja.

Mad. A que aun estás en ayunas?

Enriq. Sí señora.

Mad. Eh: harto fuera
el que yo me equivocase.

Mad. Y te darian la cena
ayer al anohecer.

Enriq. Ayer no cené.

Mad. Te acuestan
sin tomar nada? *Arab.* Comió
mucho fruta.

Mad. Y que comiera.

Nada hace daño á los niños.

Con que tendrás de por fuerza mucha hambre?

Enriq. Sí que tengo.

Arab. Oxalá darle pudiera *aparte.*
mi sangre.

Mad. Pues dí á tu madre
que se llegué á la dispensa,
y que te dé alguna cosa.

Enriq. Yo quiero pan con manteca.

Mad. Bien, que te le dé tu madre.

Si yo no estuviera ciega
la ahorraria ese trabajo.

Arab. Hijo mio, ten paciencia,
que ya va á venir Francisco.

Mad. Qué dice?

Arab. Que apenas venga
Francisco.

Mad. Y por qué aguardar
á Francisco? Quando era
tu esposo de aquesta edad
solía veces diversas
incomodarme pidiendo
algo, y aunque yo estuviera
trabajando... porque yo
trabajaba: sí, Arabela,
no era como algunas damas....
Pues digo, que aunque estuviera
trabajando, lo dexaba,
y se lo iba á dar yo mesma.
Pero las damas de ahora....

Enriq. No riñais querida abuela,
que voy á ver si Francisco
viene ya. *vase saltando.*

ESCENA V.

Dichas ménos Enrique.

Mad. Señora nuera,
que os enojeis ó que no,
yo he de decir lo que sienta.
Quando os casasteis con mi hijo,
á la verdad, yo pudiera
haberme opuesto *Arab.* Ya sé
que yo no tenia hacienda
ninguna.

Mad. Qué estás diciéndo?

Arab. Digo que bien se me acuerda
que era pobre.

Mad. Yo tambien
me acuerdo: y á buena cuenta
que ya mi hijo estaba rico;
pero le dexé eligiera
muger segun su capricho,
y eso aunque estaba cierta
de que tú no le querias,
porque un tal Armand....

Arab. Qué ofensa
os hice para que ahora
me recordeis....

Mad. Dicen que era
un hombre honrado, de forma,
que cedió porque pudiera
su querida disfrutar
de mas fausto y opulencia
que él podia sostener.
En efecto, es buena prueba
de cariño. Por tu parte,
me informáron de que eras
un modelo de virtud,
y yo dixé: norabuena
case con mi hijo, aunque pobre;
pues con eso será ella
mas agradecida, y luego
quando yo llegue á ser vieja,
cuidará mejor de mí.
Pero amiga, estas ideas
se frustráron en un todo:
sí, se frustráron de veras.
Sin embargo, no lo siento
por mí; pero que se tenga
tal descuido y abandono
con Enrique, eso me llega
al alma. Sí: enténdelo,
aunque tú su madre seas.
Yo le quiero mucho mas,
y así te advierto que...

ESCENA VI.

Dichos, Enrique y Francisco.

Enriq. Abuela,
ya está aquí Francisco.

Mad. Bien:

díle que te dé siquiera
de almorzar.

*El niño se llega á su abuela, que
le acaricia. Arabella va á recibir á*

*Francisco: hablan los dos aparte
á media voz.*

Franc. Traigo el pañuelo.

Arab. Cómo?

Franc. Maldita ralea...

No me ofreció cuatro francos
el judío? **Arab.** A mí me cuesta
otro tanto. **Franc.** Por lo mismo
no le dexé: se aprovechan
de que hay necesidad.

Arab. Amigo, pues, nos estrechan
las circunstancias: vé pronto,
toma esos francos, y apriesa
trae café y una tostada
para Enrique.

Franc. Antes quisiera

deciros... **Mad.** Hijo, qué susurro
es ese. **Enriq.** No sé.

Mad. Me desesperan
estos misterios continuos.

Franc. Me paró junto á la puerta
de casa, y me preguntó
sobre la situación vuestra.

Arab. Y no sabes quién es?

Franc. No.

Arab. Pero á lo ménos qué señas
tiene? **Franc.** Un hombre de edad,
vestido de luto, y muestra
estar muy triste.

Mad. Francisco?

Hombre, que tiene flaqueza
este niño. **Arab.** Marcha, pronto.

Franc. Vaya, ven: verás qué buena
rebanada que buscamos.

Enriq. Que tenga mucha manteca.

Franc. Muchísima.

Mad. Mi café.

Franc. Al instante. *vas. y Enriq.*

Mad. Sí.

Lo ménos hace hora y media
que me dicen que al instante.
Ya me falta la paciencia.

ESCENA VII.

*Dichas, y Cárlos que entra como
agitado.*

Carl. Madre, muy felices dias.

La besa la mano.

Mad. Ola, me alegro que vengas.

Carl. Querida esposa. *la abraza.*

Arab. Que susto

me has dado. **Carl.** Con qué?

Arab. Con esa
salida tan de mañana.

Dónde has ido?

Carl. Me fué fuerza
salir.

Mad. Cárlos?

Carl. Qué mandais?

Mad. Sabes que tengo mil quejas
que darte? **Carl.** Quejas?

Mad. Y justas.

Aquí no se me respeta,
ni se me cuida ni nada.

Carl. Madre, qué decis! *con viveza.*

Mad. No creas
que hablo por tí ni tu esposa.
Los criados...

Carl. Ah, si viera *aparte:*
que están todos despedidos.

Mad. Los llamo, y ni uno siquiera
responde.

Carl. Es porque...

Mad. Hijo mio,
el amo sirve de regla
al criado. Aquella casa
en que el amo no está alerta,
ni cuida de cosa alguna....

Carl. Madre!... *con el mayor dolor.*

Mad. Con indiferencia
se me trata, y á Enriquito
del mismo modo.

Carl. Arabella, *arrojándose en sus
brazos.* perdóname.

Arab. Nada tengo
que perdonar.

Carl. Tantas penas
como padeces por mí.

ESCENA VIII.

Dichos, y Francisco con una taza de café, y bizcochos.

Franc. Aquí está el café.

Mad. Dios sea bendito.

Francisco llega la mesa á la silla de Madama, y la va dando los bizcochos en la mano. Miétras tanto, Carlos y Arabela hablan á media voz algo distantes.

Carl. Qué injustamente mi madre de tí se queja.

Arab. Por fortuna no conoce nuestra situación funesta.

Carl. Una esposa que hace un mes que se afana y atarea por mantener á una anciana, que la ultraja y atormenta, y á un esposo que la arruina.

Arab. Muy pocas habrá que puedan decir que emplean mejor el tiempo. Querido, cesa de afligirte.

ESCENA IX.

Dichos, y Enrique que sale con una tostada.

Enriq. Ya me han dado mi tostada de manteca.

Mad. Mas vale tarde que nunca.

Franc. Aunque de paso, ahí va esa rociada.

Enriq. Papá, no veis... *le enseña los zapatos nuevos.* *pies.*

Carl. Por fuerza habrás ya dado las gracias á tu madre?

Enriq. No. *Carl.* Pues llega, hijo mio, dala gracias.

Levanta al niño, y se le presenta á Arabela: ésta le acaricia, y dice con la mayor expresion.

Arab. Hay placer que mayor sea

para una madre, que el ver cómo su hijo se alimenta con el pan que ella ganó?

Madama vá á beber el café, y teniendo la taza la extraña.

Mad. Qué diablos de taza es esta?

Francisco mira á Arabela: esta baxa los ojos, y Madama sigue.

Mad. Cárlos, Cárlos?

Carl. Qué mandais?

Mad. Pregunto, por qué rara no me han traído mi taza? veinte años hace que de ella me sirvo, y la estimo mucho, muchísimo; aunque no fuera sino porque mi difunto me la regaló de vuelta de sus viages.

Carl. Dónde está la taza?

Arabela hace señas á Cárlos de que Enrique tiene zapatos nuevos: él lo comprehende, y hace una exclamacion, y se sienta.

Mad. Qué, no hay respuesta? qué es de mi taza de china?

Arab. Madre!... *Mad.* Vamos.

Arab. No quisiera decíroslo; pero ayer...

Mad. Acaba.

Arab. Iba á ponerla en la mesa, y.... se....

Mad. Se rompió?

Arab. Sí señora... Qué me vea obligada hasta á mentir!

Mad. Todo va de esta manera. Qué casa! qué casa!

Carl. Madre, por Dios.

Mad. Cárlos, las postreras palabras de tu buen padre fueron decir: tú te quedas para cuidar de tu madre, si te portas de manera que pueda de tí quejarse, esta bendicion se vuelva en maldicion.

Carl. Madre mía! con la mayor viveza.

Mad. Sostégate, no, no creas
que yo me queixo de tí.
Sabré llevar con paciencia
mis trabajos, y callar.
Enrique, lleva á tu abuela
á su quarto: allí hablaremos,
y ojalá que tu inocencia
me consiga distraer.

Vase, y el niño la lleva de la mano.
Francisco quita la taza, y se vá.

ESCENA X.

Cárlos y Arabela.

Carl. Triste de mí! mi imprudencia
hizo infelices á todos.
Sí, mi querida Arabela.
Yo te oculté mi conducta,
pero ya el cielo te venga.

Arab. Qué dices, Cárlos?

Carl. Conoce
mis errores porque puedas
aborrecer al autor
de tus desgracias.

Arab. No creas
que lo haga: de todos modos
te consolaré yo en ellas,
sea qual fuere la causa.

Carl. Yo vivía en la opulencia
quando conocí á Courville,
aquel jóven que te acuerdas
frequentaba nuestra casa.
Tuvimos varias empresas
de comercio, y me mostró
tal providad y destreza,
que ganó mi confianza.
Ah, cielos! cuánto me pesa
el haber sido tan crédulo.

Arab. Un hombre honrado se dexa
engañar muy fácilmente,
pues de ninguno sospecha.

Carl. Un dia vino ese alevé,
y con las mayores muestras
de amistad, me dixo: Cárlos,
la ocasión se nos presenta
favorable para hacer

un gran negocio. No resta
sino juntar un buen fondo,
y pues tu firma en Marsella
está tan acreditada,
yo buscaré lo que sea
necesario, firmarás,
y te prometo que veas
triplicado el capital.

Ay esposa! cuán funesta
me fué mi credulidad.

Courville no dió la vuelta
al tiempo que prometió:
me ví cargado de deudas:
vendí todas mis alhajas
para pagarlas, y apenas
satisface la mitad.

Ya ni crédito me queda,
ni caudal. Qué perspectiva
á mis ojos se presenta!
Misericordia; infamia...

Arab. La infamia
es tan solo compañera
del delito, aquí no le hay.

Carl. En mi situacion adversa,
quién me podrá proteger?

Arab. La divina Providencia.

Carl. Ah! yo la imploro, y en vano.

Arab. Amado esposo, no ofendas
á ese Dios á quien imploras.
Confía en él: insta, ruega.

Carl. Arabela, qué esperanzas
puedo tener?

Arab. Las que muestra
la virtud. Son muy seguras,
aunque alguna vez suceda
se tarde su cumplimiento.
Quando tenias riquezas
no te empleabas gustoso
en socorrer la indigencia
de los demas?

Carl. Ah! mil veces
disfruté tan lisongera
satisfacción.

Arab. Y serás
tan orgulloso, que creas
que no hay en el universo
quien sea capaz de una buena

accion sino solo tú?

Querido Cárlos, espera,
que aun hay hombres generosos
que de tu suerte se duelan.

Carl. Esta mañana encontré
á un sugeto.

Arab. Y esa nueva
me callabas?

Carl. Pero es
uno de quien no quisiera
admitir un baso de agua,
aunque una fiebre violenta
consumiese mis entrañas.

Arab. Quién es! Me causa extrañeza
tal expresión!

Cárlos guarda un momento de silen-
cio, y despues mirándola con atencion
responde.

Carl. Es.... Armand.

Arab. Dices bien : aunque sus prendas
con serenidad.

son dignas de estimacion,
no es regular que admitieras
su favor.

Carl. Me vió en la calle,
siempre mirándola.

y al punto el paso acelera
para encontrarme.... no pude
disimular mi sorpresa;
y él cogiéndome la mano
me detuvo... Quál idea
es la vuestra? pregunté,
y él respondió con las muestras
de la mas fina amistad:
Duval, si la suerte vuestra
necesita de un amigo,
os pido la preferencia.
Vos mi amigo? repliqué,
y él continuó: haced la prueba,
y advertireis si merezco
tal nombre... de nuevo estrecha
mi mano, y sin decir mas
se aparta de mí. Qué piensas
de este lance?

Arab. Que es Armand con serenidad.
un hombre honrado.

Carl. Pudiera agitado.

ser que aun te amase.

Arab. No sé, con dignidad.
pero aun quando así no sea,
me estimará.

Carl. Le has amado?

Arab. Para la pregunta esa
jamás he dado motivo.

Carl. No: pero dime Arabela, con mas
le has amado? agitacion.

Arab. Acuérdate
que ya á la pregunta mesma
respondí seis años hace;
y si entónces mi franqueza
me grangeó tu confianza,
no hay causa para que ella
me la haga perder ahora.

Carl. Perdona esposa.

Arab. No seas
tan ingenioso en buscarte
nuevos pesares, y cuenta
con mi amor. Ya soy tu esposa,
nuestra suerte es una mesma;
y así, léjos de quejarme
procuraré quanto pueda
aliviarte.

Carl. Ah! tu cariño
es el que mas me atormenta:
sin mí, tú fueras dichosa.

Arab. Yo á tu lado estoy contenta.
Anímate, amado Cárlos,
y busca alivio á tus penas
en los brazos de tu esposa,
y de tu hijo. No te acuerdas
de aquel venerable anciano,
que con la mayor tristeza
iba tras el ataud
de su hijo único... Las muestras
de su dolor excitáron
tambien las lágrimas nuestras.
Entónces tú me dixiste,
aun hay hombres que padezcan
mas que yo, pues tengo esposa,
y tengo un hijo que sea
mi consuelo.

Carl. Sí: bien dixe,
mas sin embargo...

ESCENA XI.

Dichos, y Francisco con una carta.

Franc. A la puerta
me han dado esta carta.

Carl. Quién?

Franc. Un criado, y sin respuesta
se marchó.

Carl. Retírate. *vase Francisco.*

ESCENA XII.

Cárlos y Arabela.

Carl. lee. "El Banquero Welmant pagará á Mr. Cárlos Duval, baxo su recibo, la cantidad de veinte y quatro mil francos. Quien le presta esta suma se dará á conocer luego que la fortuna del acreedor le permita pagarla."

Arab. Ves, Cárlos, como aun se encuentran

corazones generosos?

Carl. Yo no sé quién darme pueda
un socorro tan quantioso!

Se queda un poco pensativo, y luego de pronto llega á Arabela, y dice mirándola atentamente, y enseñándola la carta.

Carl. Dí, conoces esta letra?

Arab. Yo...no la conozco. *sin atreverse a mirarla.*

Carl. No?

Mírala bien... Arabela, con vehemencia
tú nunca me has engañado: *cia.*
dí, conoces esta letra?

Arabela mira la carta, y se separa inmediatamente sin responder.

Carl. Es de Armand?

Arab. Dios Soberano!

Se cubre el rostro con las manos, y se va precipitadamente.

ESCENA XIII.

Cárlos solo.

Carl. Suya es! primero muera

que sus socorros admita.
Se sienta en la silla de su madre, calla un momento, y luego dice levantándose.

Pero mi familia entera
ha de perecer conmigo?

Venzamos esta vergüenza.

Salgamos á publicar
nuestra situación adversa.

Implorémos el socorro
de todos: sea cuál sea
la mano que me le preste,
la besaré con terneza....

pero Armand... por ningun caso.

Dios eterno! dame fierzas
para que á voces publique
mi desgracia, y mi miseria

ACTO II.

La misma sala que en el acto antecedente.

ESCENA PRIMERA.

Madama Duval, y luego Francisco.

Mad. Dónde habrán puesto mi silla?
Siempre de donde la dexo
me la quitan, de manera
que nunca encontrarla puedo.
Francisco?

Sale Francisco.

Franc. Aquí estoy. *Mad.* Mi silla.

Franc. Hablad un poco mas quedo.
la hace sentar.

Mad. Y por qué?

Franc. Porque mi ama
está durmiendo.

Mad. Durmiendo
á las doce? Qué desórden,
qué abandono tan completo.

Franc. Qué quereis, si el sueño vino
á estas horas?

Mad. Siempre el sueño
viene quando nada se hace.

Si habrán parado por eso

los relojes que hay en casa.

Franc. Sí, búscalos. *aparte.*

Mad. Aunque tengo
el oído un poco torpe,
con todo, allá en el silencio
de la noche los oía,
y como casi no duermo
me consolaba. Mas ya
me han quitado este consuelo.
Y mientras que el ama duerme,
los criados por supuesto
no estarán en casa?

Franc. En algo *aparte.*
ha de acertar. Todos ellos *golpes*
han salido... Cómo llaman. *dentro.*

Mad. No hay en todo el universo
casa mas desordenada. *siguen.*
Hombre, qué golpes son esos?

Franc. Están llamando á la puerta;
voy á ver quién es, y vuelvo
al instante. *vase.*

Mad. Anda con Dios.
Qué sequedad! qué despego!
Tomas era solamente
quien con algun miramiento
me trataba, pero dicen
que está en cama... Yo me encuentro
á slada entre mi familia;
ni me hacen caso, ni tengo
quien me dé conversacion.
Como sola en mi aposento,
y aunque alguna vez mi nuera
se sienta por cumplimiento
á mi mesa, bien conozco
que nada come, y muy presto
se marcha, y me dexa sola.
Suframos, pues no hay remedio.

ESCENA II.

Dicha, Francisco y Dupol.

*Francisco hace como que quiere im-
pedirle que entre: habla con voz
regular, pero Dupol grita como un
hombre desatento.*

Franc. Repito que no está mi amo.

Dup. Repito que no lo creo.

Mad. Qué ruido es ese?

Franc. Ha salido.

Dup. Siempre me dicen lo mesmo,
pero hoy no se escapará.
Hasta la noche le espero
sin apartarme de aquí.

Franc. Señor, hablad por lo ménos
mas baxo, porque su madre
no lo entienda.

Dup. Y yo qué tengo
con su madre? Solo pido
lo que es mio, y no me debo
guardar de nadie.

Mad. Francisco,
quién es el hombre grosero
que grita así en una casa
de estimacion?

Dup. No es grosero
uno que viene á pedir
lo que le deben.

Mad. Qué es esto?
quién sois? qué es lo que pedis?
Habladme alto.

Dup. Soy el dueño
de esta casa, y solicito
el que me den el dinero
del alquiler.

Mad. Eso es justo;
pero con modos diversos
puede pedirse. Francisco,
dí á Carlos que en el momento
pague á este hombre, y le despida.

Dup. Eso es lo que yo deseo.

Franc. Es que mi amo no está en casa.

Mad. Pues bien, que el señor casero
tenga paciencia, y aguarde,
ó vuelva mañana.

Franc. Es cierto,
mañana podeis volver.

Dup. No hay mas mañana que hoy mes-
se me paga, ó alboroto *(mo,*
todo el barrio.

Mad. Hay un sugeto
mas incómodo? Francisco,
dispierta á tu ama corriendo,
y que pague á este bribon.

Dup. Ola, bribon! bueno es esto.

Franc. Disimulad... Es que mi ama no tiene la llave. *á Madama.*

Mad. Pero

que pague esa friolera
de sus alfileres: luego
la reintegrará su esposo.

Dup. Sus alfileres! no creo
que tenga muchos madama.

Mad. Qué dice?

Dup. Que yo no entiendo
de alfileres ni de agujas.
Me he informado por extenso
de cómo van los negocios
de esta casa. Con secreto
se van sacando los muebles,
y así...

Mad. Bribon, embustero.
sacar los muebles! Francisco,
ves llama á tu compañero,
y arrojad por un balcon
á ese hombre tan vocinglero.

Dup. Arrojad por un balcon!
Ese tono tan soberbio
viene mal con la pobreza.
Mas veo que pierdo el tiempo.
Voy á tomar mis medidas
para abreviar. Ya veremos
quién es el que ha de salir
por un balcon.

ESCENA III.

Madama y Francisco.

Mad. Desde luego
será mi preciosa nuera
la causa de todo esto.

Franc. Qué injusticia!

Mad. Ven acá,
se levanta apoyada en Francisco.
y ayúdame... Si por cierto,
mi hijo haría el disparate
de fiarla que al casero
pagase, y ella en sus galas
habrá empleado el dinero.

Dan la vuelta dirigiéndose hácia el

quarto, de modo que al salir Courville, están de espaldas á la puerta de la entrada.

ESCENA IV.

Dichos y Mr. Courville.

Courv. Nadie sale á recibirme,
y así me entro aquí.

Franc. Qué veo!

Perdonad, señor.

Quiere ir á recibirle, pero no se puede desasir de Madama.

Mad. Qué haces?

Franc. Voy á que este caballero
me diga...

Mad. Qué aun no se fué?

Courv. Cómo, señora, si llego
en este instante?

Francisco le hace señas de que no la haga caso.

Mad. Qué dice?

Hablad un poco mas recio
con mil diablos. No sabeis
que estoy sorda?

Courv. Yo lo siento,
pero sabed que es preciso...

Mad. El que os vayais al momento
de mi casa.

vase. Courv. Yo, por qué?

Franc. Piensa hablar con el casero: *ap.*
Señora, atended por Dios.

Mad. Qué he de atender? Si cumpliendo
con mi órden tú le hubieras
molido á palos, no creo
que se atreviera á quedarse,
y aun á insultarme de nuevo.

Courv. Señora, sabed que soy...

ap. Mad. Un impertinente, un necio.
Vaya, vamos á mi quarto.

ESCENA V.

Dichos y Enrique.

Enrig. Querida abuela, qué es esto?
con quién reñis?

Mad. Con ese hombre

que me ha faltado al respeto.
 Ay hijo! si tú fueras grande!..
 Pero quizas en creciendo
 serás lo mismo que todos.
 Vamos, Francisco. Yo tengo
 que pensar en buscar casa,
 y muy pronto: sí, á lo ménos
 estaré en paz.

Vase con Francisco.

ESCENA VI.

Courville y Enrique.

Courv. Está loca
 esta anciana?

Enriq. Qué habeis hecho
 á mi abuela? Muy bien dice,
 quando yo sea grande, creo
 que nadie se atreverá
 á ofenderla.

Courv. Vaya, que esto
 es gracioso: hasta el chiquillo.

Enriq. Vamos, corriendo
 decid á lo que venis?

Courv. Señor valenton, teneos,
 que no ofendí á vuestra abuela.

Enriq. De verás?

Courv. Sí: á lo que veo
 me ha equivocado con otro.

Enriq. Bien puede suceder eso,
 porque la pobre está ciega.

Courv. Ello es que sin fundamento
 me ha dicho mil disparates.

Enriq. Con que no venis de cierto
 á hacernos mal?

Courv. No, hijo mio:
 todo al contrario, deseo
 vuestro bien con toda mi alma,
 con toda mi alma.

Enriq. Lo creo,
 pues pareceis un buen hombre.

Courv. Con qué serás segun eso
 mi amigo?

Enriq. Yo! por qué no?

Courv. Pues abrázame... Ah, yo creo
 que estrecho á mi propio hijo
 entre mis brazos!... qué sueño

tan delicioso!

Enriq. Qué fiestas
 que me haceis? yo no me acuerdo
 de haberos visto.

ESCENA VII.

Dichos, Arabela y Francisco.

Franc. Señora, *apart. los dos.*
 este es aquel caballero
 que me hablaba esta mañana.

Arab. Este es el anciano mesmo
 que iba siguiendo el cadáver
 de su amado hijo.

Enriq. Ah, ya veo
 á mi mamá!.. No temais, *se llega á ella.*
 que no viene con intento
 de haceros daño. Mi abuela
 se equivocó.

Arab. Aunque no puedo
 adivinar el motivo
 de esta visita, celebro
 veros, señor, en mi casa.

Courv. Un amigo, que es sugeto
 de la mayor providad,
 me envia con el deseo
 de informarse...

Arab. Permitidme, *le interrumpe.*
 Francisco, lleva allá dentro
 el niño.

Enriq. Por qué?

Arab. Es preciso.

Enriq. Bien: pero este caballero
 me gusta tanto!..

Courv. Querido,
 no os vayais.

Enriq. Sí: que no quiero
 disgustar á mi mamá.
 Vaya, otra vez nos veremos.
 Abur.

Vase despues de acariciar á Courville.

ESCENA VIII.

Arabela y Courville.

Courv. Qué precioso niño!

Ah, señora, que consuelo
tendréis en él!

Arab. El mayor.

Courv. El mayor! muy bien lo creo.

No pudiendo contener el llanto.

Arab. Qué teneis?

Courv. Nada, señora:

nada. Vive el padre vuestro,
y el de vuestro esposo?

Arab. No:

pero á su madre tenemos
en casa.

Courv. Será esa anciana
tan colérica...

Arab. Yo os ruego

la disculpeis: está ciega,
y á veces muestra mal genio;
mas yo sufro con paciencia
sus rarezas, y me cuento
muy feliz en tolerarla,
y servirla.

Courv. Qué portento
de virtud! Mucho amareis
á vuestro esposo.

Arab. Es sugeto
digno de que todos le amen.
Esposo sensible y tierno,
buen padre, y tambien buen hijo:
no tiene mayor deseo
que hacer feliz á su madre
á su hijo y esposa.

Courv. Oh cielos,
qué feliz mortal!

Arab. Feliz?..

Courv. Pues no lo ha de ser teniendo
madre, hijo y esposa?

Arab. Sí:

pero estos mismos objetos
sirven de darle mas pena.

Courv. No es posible, no lo creo!

Arab. La indigencia...

Courv. Nada importa.

Arab. Cómo?

Courv. Es un mal pasagero.

Se hallan hombres generosos
que presten algun consuelo.
Las riquezas se recobran,

pero en todo el universo
no hay quien me vuelva á mi hijo,
á mi hijo...

Arab. Compadezco
vuestra pena.

Courv. Si señora,

En mí teneis un exemplo
de que no está en la opulencia
la felicidad: yo tengo
fama de hombre poderoso.
Ah, los hombres son muy necios,
no saben que no lo soy,
aunque mi caudal conservo!
No saben que mi hijo era
mi tesoro verdadero:
yo fui causa de su muerte,
yo, yo mismo.

Arab. Santos cielos,
que decís!... Es increíble.

Courv. Mi viage estaba dispuesto
para América. No quise
que mi hijo fuese, temiendo
los riesgos del mar. Quedó
en su patria, mas su genio
emprendedor, la afición
que habia sacado al comercio
le hizo desobedecerme:
y así empleando el dinero
que le confié, pensó
en largos viages: en esto
volvía yo muy alegre,
pensando en aquel momento
de ver á mi amado hijo,
quando cerca de este puerto
escucho los cañonazos
de una nave, que pidiendo
estaba socorro. Al punto
se arroja el bote, y yo entro
sin saber por qué... Ay mi Dios!
aquel impulso secreto
de mi corazon, no era
en vano. A la nave llego,
que ya iba á pique: levanto
la vista, y en el momento
conozco á mi hijo que estaba
sobre la cubierta. El mismo
me conoció, y se tiró

al agua para mas presto
poder llegar á mis brazos;
pero su amor indiscreto
causó su muerte.

Arab. Se ahogó?
posible es que no hubo medio
para salvarle?

Courv. Se hallaba
á mi lado el compañero
que llevé á mi expedicion,
y mirando los extremos
de mi cuidado, al instantse
se arrojó al agua; pero esto
fué en vano. Solo sacó
el cadáver... Con todo eso,
aquel rasgo de amistad
está grabado en mi pecho.
Sí, Armand, nunca olvidaré
tu nombre.

Arab. Armand! Santos cielos!

Courv. Compadecedme, señora:
solo en todo el universo
he quedado: las riquezas
que con afán y desvelo
he juntado, no me sirven
de nada, yo desde luego
las daría todas ellas
por escuchar un acento
de la boca de mi hijo.
Decid al esposo vuestro
que no se juzgue infeliz
por mas que el destino adverso
le persiga. Verse solo,
verse solo sin remedio
es la desgracia mayor.
Quedad á Dios, pues no quiero
aumentar las penas vuestras
con mis lágrimas.

Arab. Teneos,
y escuchad.

Courv. Nada, otra vez!
os hablaré: yo no puedo
contener mi amargo llanto.
A Dios.

Arab. Su dolor extremo
no le permitió decir
qué era en fin el objeto

de su venida. Con todo,
si ha nombrado á Armand, qué tengo
que dudar?... Pero mi esposo
se acerca.

ESCENA IX.

Dicha y Carlos.

Arab. Carlos, qué has hecho? *con cariño.*

Carl. Nada. *con despejo.*

Arab. Has encontrado...

Carl. Nada:
digo que nada. *con aspereza.*

Arab. Qué es esto, *con la mayor*
así me respondes? *dulzura.*

Carl. Ah! *como volviendo en sí.*
perdóname, que el exceso
de mi dolor me arrebató.

Arab. Tranquilízate. *ap.*

Carl. No encuentro
ningun alivio: yo anduve
de casa en casa pidiendo
una ocupación honesta
en que ganar el sustento,
con mi sudor: repetía
que hablaba por un sugeto
sumamente desgraciado,
y con muy pequeño premio
se contentaba. Mas todo
era en vano: son de yerro
sus corazones: figuras
humanas en el aspecto;
pero en el fondo son fieras.
Tú sabes, oh Dios excelso!
que jamás cerré mis puertas
al infeliz!

Arab. Veneremos
sus altos designios, Carlos,
pero dime, á lo que entiendo,
no te has dado á conocer.
Pediste para un sugeto,
y callaste que tú eras.

vase. *Carl.* Sí, amada esposa, confieso
que me ha faltado valor
para decir que yo mismo
soy el infeliz.

Arab. Entonces
quérate de tu silencio.
Podían adivinar
tu situación?

Carl. Bien pudieron
animándose por grados.
conocerla en mi semblante.
Pero quién no va cubierto
de unas ropas miserables,
y con tono lastimero?
las mas veces estudiado,
no sabe animar su ruego,
no excita la compasion.
Nunca el pobre verdadero,
cuyo pálido semblante,
da á conocer desde luego
la situacion de su alma,
halla piedad en el pecho
del poderoso. Ninguno
se detiene á ver aquellos
ojos en llanto bañados,
dexen morir sin consuelo
al tímido desgraciado,
á cuya voz pone freno
la vergüenza.

*Se tira en una silla con el mayor ex-
tremo.*

Arab. Esposo mio,
ten valor.

Carl. Ah, yo te ruego
que te retires!... Estoy
tan agitado.

Arab. Es muy cierto,
conozco que necesitas
de un instante de sosiego.
Procura tranquilizarte,
que yo volveré muy presto
á verte.

vase.

ESCENA X.

*Carlos la ve retirarse luego, y dice
como fuera de sí.*

Carl. Y qué, no tendré
absolutamente un medio

para aliviar á mi esposa
y á mi hijo? Dios eterno,
no habrá recurso ninguno
para conseguir!... Qué es eso?
Viendo entrar á Francisco.

ESCENA XI.

Dicho y Francisco con una carta.

Franc. Otra carta que han traído
para vos... Ay Dios, qué gesto!
*Vase viendo que él la toma precipita-
damente..*

ESCENA XII.

Cárlos solo.

Carl. Muy bien conozco la letra.

Lee. "Supuesto que os interesais en
"la colocacion de un hombre desgra-
"ciado, os aviso que en casa necesita-
"mos un joven que esté versado en el co-
"mercio, y sepa el ingles y el aleman.

Dice. Precisamente yo tengo
todas estas circunstancias.

Con alegría.

Lee. "Pero es preciso que este sugeto
"no tenga obligaciones, y esté pronto
"para marchar á la India oriental den-
"tro de quatro dias,"

En vano fué mi contento.

Oh, Dios! el primer camino
que me muestras, es cubierto
de espinas... Yo abandonar
á una madre á quien venero,
á una esposa á quien adoro,
y á un hijo... no: nunca puedo
abandonarlos... Con todo,
su subsistencia es primero.

se pasea.

Voy á la India oriental...

se detiene reflexionando.

Infeliz! qué estás diciendo,
pues acaso tu partida
proporcionará el sustento

¿tu afligida familia?

Triste de mí!

Se pasea con la mayor agitacion, y parándose casualmente frente de la ventana fixa la vista en ella y dice:

..... mas qué veo!

aquel es Armand?... él es.

Se llega precipitadamente á la ventana.

Ahora le sale al encuentro

un anciano, y le detiene.

Se quita repentinamente de la ventana.

Dios mio, qué pensamiento

me sorprende!... Horrible idea

huye de mí!.. me estremezco!..

me horrorizo!..

Una corta pausa, y luego dice mas sereno.

..... mas por qué?

Estando ausente, estoy muerto

para mi esposa: sin mí

será feliz... y en efecto

deberá ser desgraciada

por qué yo lo soy?... No puedo

consentirlo... Armand, Armand.

Con resolucion llegándose á la ventana, le llama sacando quanto pueda la cabeza, y habla con las pausas correspondientes para figurar que el otro le responde desde la calle.

.....
Sí, yo os llamo, subid presto

.....

á mi casa: sí, á mi casa,

no os detengais un momento.

Venid, que os deseo hablar...

Se quita de la ventana.

Ya sube;... pero qué he hecho?

Yo la amo!.. por lo mismo:

el amor que es verdadero

se sabe sacrificar

enteramente al objeto

de su amor... este camino

es el único que encuentro:

No seré tan egoista

que le abandone.

ESCENA XIII.

Dicho y Francisco muy agitado.

Franc. Un sugeto

quiere...

Carl. Que pase adelante.

le interrumpe.

Franc. Pero, señor, os advierto

que es...

Carl. Ya lo sé: que llegue

sin detenerse.

Franc. Si es eso,

pasad adelante.

ESCENA XIV.

Cárlos y Armand.

Carl. Armand,

dadme la mano: deseo

que me escuchéis.

Arm. Pronto estoy

en un todo á complaceros.

Carl. Muy bien lo sé: esta mañana

me ofrecisteis en efecto

vuestro favor.

Arm. A vos solo,

á vos como verdadero

y leal amigo.

Carl. Sí:

estoy convencido de ello.

Despues me habeis enviado

este papel.

se le enseña.

Arm. Yo?...
como indeciso.

Carl. No creo

que Arabela desconozca

vuestra letra.

Arm. Con efecto,

yo hice....

Carl. Una acción generosa,

que conservará mi pecho

eternamente. Con todo,

aunque os admiro no puedo

admitir vuestra fineza.

Arm. Duval, confesais vos mesmo

quán puras son mis ofertas
y las reusais.

Carl. No tengo
vergüenza de que leais
en mi corazon. Sea esto
una vanidad ridícula,
un orgullo, ó todo aquello
que querais, no mudaré
de opinion. Si: yo os protesto,
que vos de todos los hombres
sereis, Armand, el postrero
de quien admita un favor.

Arm. Qué capricho...

Carl. Deteneos:
un hombre que como vos
sabe cuáles son los fueros
del honor, no dará el nombre
de caprichoso á un sugeto
que reusa el beneficio
de su rival.

Arm. Os advierto
que no lo soy.

Carl. Arabela
os ha amado en otro tiempo.
La accion que quereis hacer
os colocará en un puesto
tan elevado, que apenas
tavierá yo atrevimiento
para miraros.

Arm. Sabed
que los socorros sinceros
de la amistad, nunca humillan,
y así admitidlos.

Carl. Os vuelvo
á decir que no.

Arm. Duval,
vuestras desgracias yo creo
que ofuscan vuestras ideas.
Vuestro honor al mismo tiempo
exajera sus deberes,
y la virtud de ese pecho
aumenta vuestro infortunio.
Dais á mis ofrecimientos
un valor extraordinario,
y yo al contrario, los creo
muy naturales. El hombre
de aplicacion y talento

llega á recobrar un dia
quanto perdió. Mil exemplos
tenemos que lo acreditan.
La cantidad que os ofrezco
me es inútil: necesito
imponerla, y os prefiero,
pues la creo mas segura
en la casa de un sugeto
pobre y honrado, que no
entre las manos de aquellos
que son ricos, y no tienen
providad.

Carl. Hacer inpuestos
en la casa en que no hay fondos,
es solo buscar rodeos
para oculiar el favor.

Arm. Esa cantidad os presto
al interes que gustéis
señalarla: querrá el cielo
que me la podáis volver,
y entónces....

Carl. Yo no me puedo
determinar á mudar
de opinion.

Arm. Qué estais diciendo?
Teneis madre, esposa é hijo:
los amáis con todo extremo,
y los dexáis percerer.
Las señales que aquí veo
vuestra situacion me dicen.
Allí faltan los espejos,
aquí estas humildes sillas...
Esta mesa... están diciendo
que ya no hay recurso alguno.
Yo invoco en este momento
el amor de vuestra esposa
y de vuestro hijo: el respeto
de esa anciana, vuestra madre.
Contemplad los tres objetos
que perecen quando vos
pudierais bien socorrerlos
en aqueste propio instante,
si un pundonor indiscreto
no ligase vuestras manos.

Carl. Mi familia tendrá presto
el consuelo deseado:
yo soy solo quien no puedo

admitir el beneficio
que me ofreceis.

Arm. No os entiendo.

Carl. Armand: amais á mi esposa?

Arm. Esa pregunta....

Carl. Yo os ruego

me digais por vuestro honor
si la amais.

Arm. Cárlos, qué es esto?

Mudais de color... temblais...

Carl. Compadece el extremo
de mi dolor, y decid
si amais á Arabela.

Arm. Quiero

responder á esa pregunta,
aunque el motivo no entiendo.

Mi corazon está puro,
y ningun remordimiento
turba la paz de mi alma.

Segun esto yo me atrevo
á responder con franqueza
que anto á vuestra esposa.

Carl. Pero

es una simple memoria,
ó vuestro amor es efecto
de una pasión decidida.

Arm. Quien supo por tanto tiempo

respetar cómo debía

las leyes del himeneo,

bien puede manifestar

enteramente su pecho.

Arabela fué algun día

de mi corazon el dueño,

lo es, y siempre lo será.

Ahora que estais satisfecho

espero me respondais

con qué causa me habeis hecho

una pregunta tan rara,

que nos sirve de tormento

á los dos? No respondeis?

Carl. Valor, pues llegó el momento. *ap.*

Arm. Qué decis?

Carl. Esto ha de ser.

Arm. Aclaradme este misterio.

Carl. Armand, nuestras nuevas leyes
me suministran el medio
de salvar mi pundonor,

y proporcionar consuelo
á mi familia.

Arm. Las leyes!

Carl. Sí: las leyes, permitiendo
y autorizando el divorcio
rompen en este momento
los lazos que me estorbaban
manifestar quanto aprecio
á mi hijo, á mi esposa y madre.
Armand, ya vais á ser dueño
de la muger que jamás
debisteis perder.

Arm. Qué es esto?

Delirais?

Carl. No: prometedme
que evitareis con extremo
de mi madre y de mi hijo.

Arm. Cárlos, qué decis.... Os ruego
que considereis.

Carl. Juradme
en nombre del honor vuestro
que haréis la felicidad
de Arabela.... pero esto
es inútil: como amante
la amais: como esposo y dueño
la adorareis.... esto basta,
no es menester juramento.

Arm. Cárlos, Cárlos, qué decis?

Sossegao, y los consejos
de un amigo....

Carl. Serán vanos: *se levanta.*
estoy del todo resuelto.

Arm. A qué?... Pensareis acaso
en algun medio violento?

Carl. No, Armand... Deseo la muerte;
pero no seré tan necio
y temerario que quiera
anticipar el momento
de concluir mi existencia.
Dentro de poco me ausento
á la India oriental.

Arm. A la India?

Qué designio tan funesto!

En nombre de la amistad
te pido no huyas del seno
de tu familia. Si faltar
de su lado, qué consuelo

puedes esperar?

Carl. Aun queda

á mi esperanza un pequeño
vislumbre. Armand, en mi vida
volveré á pisar el suelo
en que he nacido: será
para siempre mi destierro.
Mas si mejora mi suerte;
pero si bendice el cielo
mis tareas: si algun día
á mi antiguo estado vuelvo:
si la suerte me dá bienes,
os escribiré al momento
que me enviéis á mi hijo
para que de ellos sea dueño.
Figuraos un anciano
solicito recorriendo
allá la orilla del Ganges,
y que con desasosiego
espera la feliz nave
que le ha de traer el consuelo
de estrechar entre sus brazos
á su hijo.... Vé de léjos
los mástiles de esta nave,
y ya palpita su pecho
de placer: ella se acerca,
llega al deseado puerto,
y al mismo punto aquel hijo
salta en tierra: va ligero
á los brazos de su padre....
Este en su rostro vé impresos
los rasgos de las facciones
de su madre, de aquel tierno
objeto de su cariño.
Ay Armand, si todo esto
me sucediese, aun pudiera
decir, me ha guardado el cielo
alguna felicidad

Arm. Ese delicioso sueño
os engena. Mirad
que tomáis un rumbo opuesto
á la prudencia.

Carl. No, Armand,
repito que está resuelto,
voy á hacer las diligencias
necesarias al intento.

*Se va como fuera de sí: Armand le
detiene.*

Arm. Cárlos, dónde vais así?

Carl. Aguardad que pronto vuelvo.

*Le coge de las manos con el mayor
afecto, y dice:*

Consuelo de mi familia,
mira que un socorro lento
la será inútil... á Dios.

Arm. No, amigo mio, yo quiero
acompañaros.

Carl. No tal,
al contrario, deteneos,
y salid despues que yo;
pero mirad que os espero
dentro de una hora.

Arm. Repito
que he de ir con vos.

Carl. No lo debo
consentir: mi honor exige
que ninguno llegue á vernos
juntos. *vase precipitado.*

ESCENA XV.

Armand solo.

Arm. De ese modo, á Dios,
que luego aquí nos veremos.
Consuelo de su familia
me ha llamado, y en mi pecho
se gravó tan dulce nombre:
aspiraré desde luego
á merecerle: yo haré
de modo que por mi medio
vuelva este esposo infeliz
con tranquilidad al seno
de su familia, y entónces
tambien lograré el contento
de ver á su digna esposa,
á su esposa que amo tierno;
pero será esta visita
tan pura como lo fuéron
siempre nuestros corazones:
y me diré en el secreto
de mi alma, digno soy

del amor que tanto tiempo
me ha conservado Arabela.

ESCENA XVI.

Dicho y Francisco.

Franc. Mi amo se va, y queda dentro *ap.*
el amante de su esposa.

Arm. Francisco, mucho celebros
que hayais venido. Arabela
será sin duda un objeto
de vuestra estimacion.

Franc. Sí:
desde sus años primeros
la conozco; por lo mismo
en estos tiempos funestos
de pobreza me conserva
en su casa.

Arm. Estoy bien cierto
de que recompensaría
vuestra lealtad y zelo
si pudiese; mas la suerte
no la proporciona hacerlo,
y es justo que lo haga yo.
De este bolsillo sois dueño, *le da uno.*
conozco vuestras ideas,
y necesidad no tengo
de deciros mas: á Dios. *vase.*

Franc. Viva un hombre honrado: esto
es saber hacer las cosas
con dignidad y secreto.

ACTO III.

*La misma decoracion que en los actos
anteriores.*

ESCENA PRIMERA.

Armand, Courville y Francisco.

Franc. Señor Armand, dereneos
por vuestra vida: os repito
que mi amo no está en casa,
y estoy muy bien persuadido
de que mi ama sentirá

vuestra visita.

Arm. Francisco,
yo he de hablar á tu señora
precisamente ahora mismo.

Franc. Válgame Dios! Hasta ahora
os habiais conducido
con tanta honradez?

Arm. Acaso,
desconfias? Yo te afirmo
que soy....

Franc. Un hombre, sí: un hombre
que tuvo mucho cariño
á mi ama; que fué amado,
y quizás por esto mismo
viéndola tan afligida....

Arm. Francisco, yo solo aspiro
á su estimacion.

Courv. Armand *aparte.*
ama á esta señora!

Franc. Os digo
con franqueza, que á pesar
de todo, yo desconfío
de estas visitas que se hacen
en ausencia del marido.

Courv. Si me engañará! *aparte.*

Arm. No creas
que yo forme tan indignos
planes.

Franc. Que sé yo que diga,
pero si fuisteis conmigo
tan generoso pensando
otra cosa, al punto mismo
iré por vuestro regalo.

Courv. Vaya, es un bribon. *aparte.*

Arm. Francisco, *deteniéndole.*
detente. Dí á tu señora
que la quiero hablar.

Franc. De fixo:
dirá que no lo consiente.

Arm. Dí que su propio marido
lo permite.

Franc. Yo no miento.

Arm. Es cierto lo que te digo,
y por mi honor lo aseguro.

Franc. De ese modo ya es distinto.
Mas si acaso me engañaseis...

Arm. Soy incapáz...

Franc. No tepliego.
Voy á llamar á mi ama,

vase.

ESCENA II.

Armand y Courville.

Couro. Armand, no somos amigos desde ahora.

Arm. Por qué no?

Couro. Porque con modos indignos me engañais. Tomad allá
le da unos papeles.
vuestras letras, y vos mismo podeis hacer el regalo.

Arm. Yo mismo? Por qué motivo os negais á complacerme?

Couro. Porque sí: lo dicho, dicho. Vos me encargasteis viniese á esta casa con designio de saber la situacion de esta familia. He venido, y de lo poco que pude averiguar os di aviso. Hecho esto, me proponeis entregar á nombre mio una cantidad muy buena.

Arm. Estoy muy bien persuadido de que vuestro corazon generoso y compasivo se empleará muy gustoso en esta accion.

Couro. Ya he sabido que amais á Arabela, y siendo de este modo, está entendido lo demas: á Dios.

Arm. Courville;
no ultrajeis á vuestro amigo: sé las leyes del honor.

Couro. Pero tales sacrificios?

Arm. Los hace un hombre de bien; y vos sabeis por vos mismo el poder de la virtud.

ESCENA III.

Dichos y Francisco.

Franc. Salíó lo que habia dicho.

Mi señora siente hablaros, mas viendo que su marido lo permite, va á venir en el instante.

Arm. Francisco,
vuelve á tus amos la dicha, y vuélveme de un amigo la estimacion que perdí.

Franc. Yo, cómo?

Arm. Buscando sitio para que este caballero pueda escuchar, sin ser visto, lo que yo diga á tu ama.

Franc. En este gabinetillo puede escucharlo muy bien.

Arm. Entrad, Courville.

Couro. Yo admito esa propuesta.

Se entra en una pieza que labrá á la izquierda.

Arm. Cuidado
me avises al punto mismo que veas á tu amo.

Franc. Está bien:
mi ama sale; me retiro.

vase.

ESCENA IV.

Arabela y Armand.

Arm. Que despues de tantos años de triste ausencia, al fin miro á Arabela!

Arab. Como esposa de Duval me felicito de recibir la visita de mi verdadero amigo.

Arm. Ese titulo señora...

Arab. Siempre le habeis merecido, y hoy me disteis una prueba de esta verdad. Os explico mi gratitud como esposa, y como madre.

Arm. Imagino que una oferta despreciada...

Arab. Siempre será un beneficio que se debe agradecer

quando viene de un amigo
tan honrado como os juzgo.

Arm. Me lisonjea infinito
lograr vuestra confianza...

En otro tiempo...

Arab. Al olvido.

se debe dar aquel tiempo.

Arm. Todo al contrario. Yo insisto
en recordar su memoria.

La conducta que habeis visto
entonces, será mi regla.

Si se halla en el pecho mio

la virtud que publicais,

á vos sola la he debido.

Me acuerdo de aquel instante

en que del amor mas fino

triunfó el respeto filial.

Me acuerdo que al despedirnos

estrechabais esta mano,

llorabais...

Arab. Con qué designio

me recordais una escena

que nos sirve de martirio?

Mas ya que la renovais,

disimulad si os repito

lo que os dixe.

Arm. Y fué...

Arab. Aguardad.

Yo os dixe, Armand, el destino

va á unirme con un esposo...

Si una mirada, un suspiro,

una accion la mas pequeña

que mire en vos, da motivo

á sospechar que quereis

fundar sobre mi cariño

esperanzas criminales,

privareis al punto mismo

á Arabela, del placer

de miraros como amigo.

Entonces vos en mi mano

me jurasteis que el camino

de la virtud seguiriais

constantemente; allí mismo

en vuestras manos, juré

ser para el esposo mio

una compañera fiel;

mi juramento he cumplido

y creo que vos lo haceis

igualmente. Si al principio

de mi nuevo estado pude

tributar algun suspiro

á vuestra memoria, pronto

el esmero y el cariño

de un esposo respetable,

me franquearon el alivio

de aquella pena; y en fin,

mis deberes he sabido

cumplir con exactitud,

y no podrá el pecho mio

olvidarlos.

Arm. Arabela,

quien algun tiempo fué digno

de lograr vuestra amistad,

no con viles artificios

puede exponerse á perderla.

Olvidad nuestro cariño;

no me mireis como amante,

sino como fiel amigo,

que va á ofrecer los medios

de salir del fiero abismo

de desgracias que os rodean.

Arab. Nunca puedo yo admitirlos

si mi esposo los reusa.

Imaginad que es delirio

esperar que él los reciba.

Arm. Yo respeto los principios

que le gobiernan, y solo

quiere saber cuál ha sido

la causa de su desgracia.

Arab. Su honradez. Un vil amigo

comó una quantiosa suma

baxo su firma. Se ha huido,

y mi esposo por pagar

alguna parte, ha vendido

quantas alhajas tenía.

Arm. Así dispene el destino

salga de la probidad

la indigencia?

Arab. Yo os afirmo,

que mas le afligen mis penas

que las suyas.

Arm. Por lo mismo

debeis evitar que cumpla
el horrible sacrificio
á que está resuelto.

Arab. Cómo?

pues cuáles son sus designios?

Arm. Ya os informará de todo.

Yo os ruego por su cariño,
por el amor que teneis
á vuestro inocente hijo,
que no despreciéis mi súplica.
Salvadle.

Arab. Por qué camino?
de qué manera? explicaos.

Arm. Vuestra situacion he dicho:
á aquel respetable anciano
que de mi parte os ha visto
esta mañana, su pecho
virtuoso y compasivo
quiere ofreceros socorros
los mas pronto y efectivos.
Convenced á vuestro esposo
á que se digne admitirlos.
El pandonor que le obliga
á no recibir los míos,
puede ser una virtud;
pero despreciar lo mismo
los que le ofrece ese anciano,
mas parecerá delirio
que cordura. Sí, Arabela:
salvad, salvad os suplico
á vuestro esposo... y á Dios:
para siempre me retiro
de esta ciudad, para siempre;
pero en el destierro mio,
me servirá de consuelo
saber que llevo conmigo
vuestro aprecio, y que sereis
dichosa.

Arab. Querido amigo,
mis lágrimas os responden.

ESCENA V.

Dichos, y Francisco.

Franc. Desde la ventana he visto

que viene mi amo.
Arab. Ay, Armand,
si el cielo hubieta querido
que se pudiese leer
los mas ocultos designios
del corazon, no os rogara
que no os viese hablar conmigo
mi esposo.

Arm. Ya entiendo. A Dios,
para siempre.

Arab. Qué martirio!

Para siempre!

Arm. Es necesario.

Arab. Si, por desgracia es preciso: vase.

ESCENA VI.

Armand, Francisco y Courville.

Courv. Armand, vengan esos brazos,
pues conozco que sois digno
de mi amistad.

Arm. Demostradlo.

Courv. Cómo?

Arm. Haciendo lo que os he dicho
con estas letras. *se las devuelve.*

Courv. Muy bien.

Franc. Mi amo llega.

Arm. Pues Francisco,

haz que no entre en el quarto
de su esposa, y á este sitio
conducela porque se hablen,
de modo que pueda oírlo,
y salir, si ella no basta,
á estorbar su precipicio.

Franc. Escóndelos que ya sube.

Ellos se esconden, y Francisco se va.

ESCENA VII.

Carlos solo.

Carl. Es el único partido
que me permite la suerte.
Mi madre, mi esposa é hijo
serán felices... felices,

esto anima el valor mío...
 Pero ceder á mi esposa
 á mi rival... Ser yo mismo
 quien lo proporcione!... Oh, Dios!
 un tan grande sacrificio
 es superior á las fuerzas
 humanas... pero es preciso,
 es preciso, y ya está hecho.
 Carlos, habiendo bebido
 el caliz de la desgracia,
 tiembles ahora como un niño
 al beber la última gota?

ESCENA VIII.

Dicho, y Arabela.

Arab. Qué seas muy bien venido,
 amado esposo?

Carl. Oh, momento
 de dolor y de martirio! *aparte.*

Arab. Qué nueva pena te aflige?
 por qué son esos suspiros?

Carl. Respetable esposa...
la cogió de la mano.

Arab. Qué?

Carl. Tendrás valor...

Arab. Quando has visto
 que me falte?

Carl. Le tendrás
 para decirme...

Arab. Qué? dilo.

Carl. A Dios para siempre, Carlos.

Arab. Que deliras imaginó
 al hacerme ésa pregunta.

*Dos esposos bien unidos
 no se deben separar
 sino en el postrer suspiro.*

Carl. El duro brazo de hierro
 de la indigencia, ha podido
 separarnos. Yo me ausento
 á la India oriental...

Arab. Contigo
 irá también.

Carl. No es posible...

Arab. Que te pongas en camino

sin tu esposa.

con viveza.

*Carlos procurando tranquilizarse em-
 pieza á hablar, pero por grados
 se va animando.*

Carl. Oye, Arabela:

Mi infeliz madre ha perdido
 el placer de ver la luz.

Necesita del auxilio

de una alma generosa

como tú: será bien visto

que la privemos aun tiempo

de su amiga, de su hijo,

y su nieto, que idolatra...

Podré yo ser tan impío

que la abandone á implorar

con lágrimas y suspiros

el socorro de un extraño?

Daré con esto un motivo

muy justo á que me maldiga.

No, Arabela, tu cariño

me salvará de este golpe

tan cruel al pecho mío.

Tú me ofrecerás cuidarla

siempre... aun quando el apellido

de su familia no se una

á tu nombre.

Arab. Qué has dicho? *con viveza.*
 explícate

Carl. Ay Arabela,
 mi corazón oprimido

puede respirar apenas...

Para siempre me despido

de tí.

Arab. Carlos! *con fuerza.*

Carl. Ya no eres
 mi esposa.

Arab. Carlos! *con mas fuerza.*

Carl. Yo mismo
 he roto todos los lazos

que nos unían.

Arab. Yo espíro

de dolor. *se arroja en sus brazos.*

Carl. Muger heroica,
 de tu valor necesito

en esta ocasion.

Arab. Cruel,
tú me abandonas?

Carl. No aspiro
sino á tu felicidad.

Arab. Quán funesto es el camino
que eliges!

Carl. No quiso el cielo
mostrarme otro: así es preciso
seguir este. Ya estás libre,
Arabela, da al olvido
los ocho años de delicias
que Carlos pasó contigo,
pero no olvides su amor.
Armand se conserva el mismo
que ántes era: recompensa
su amor tan constante y fino,
vuélvele tu corazon:
tu corazon, del que quiso
privarle tu padre: olvida
el que yo tu esposo he sido,
pero no olvides mi amor.
Armand, casado contigo,
te restituirá el sosiego,
servirá de padre á mi hijo,
servirá de hijo á mi madre,
tendrás un esposo digno
de ser amado: serás
feliz con él... mas te pido,
que en esos dichosos dias
no olvides el amor mio.

Arabela le mira con la mayor ternura, y dice.

Arab. Hombre, á quien apenas puedo
admirar como es debido,
qué heroicidad manifiestas
en aqueste sacrificio?
Abriéndome enteramente
tu corazon, has venido
á presentar á mis ojos
en tu pecho el templo mismo
de la virtud. Y pudiera
sufrir que del lado mio
te apartases? Aunque nunca
te hubiera amado, ahora mismo
esta accion formára un lazo

que me uniría contigo
para siempre. Si tú sales
de la patria, yo te sigo
á qualquier parte que fueres.
No impedirán mi designio,
ni el yelo eterno del Norte,
ni los abrasados sitios
del Africa.

Carl. Considera
que la indigencia...

Arab. Imagino
que es preferible al oprobio,

Carl. El divorcio, permitido
es por la ley.

Arab. El honrado
la venera, el hombre indigno
abusa de ella.

Carl. Hallarás
quién te defienda?

Arab. Mi mismo
corazon será mi juez.

Carl. Tu fortuna, la de tu hijo
te excusarán.

Arab. Mi memoria
me dará cruel martirio
con tristes remordimientos.

Carl. El mundo será contigo
ménos severo.

Arab. Sabré
ser yo mas justa... repito
que de mí no te separas.
Padre de mi amado hijo,
abrazándole.

no podrás huir de mí.
Si con algun artificio
burlases mi vigilancia,
y te embarcases, te afirmo
que yo con mi hijo en brazos,
Iré al muelle, y con suspiros
y lágrimas pediré
en qualquier nave un asilo
para seguir á mi esposo.
No habrá un hombre compasivo
que mire á una triste esposa,
y protega su designio?

Cárlos señalándola con el mayor entusiasmo.

Carl. Poderosos de la tierra, podéis ser tan atrevidos, que compareis los tesoros que tenéis, á este que quiso dar el cielo á un infeliz!

Arab. Cárlos, pues has entendido mi resolución, procura tranquilizarte. Has perdido acaso las esperanzas del todo? no hay un camino para encontrar un consuelo?

Carl. Ninguno.

Arab. Del vill amigo que te ha engañado, se puede lograr noticia. *Carl.* No es digno sino de tu compasión.

Naufragó en el puerto mismo al regresar de la América.

Esta noticia he sabido

por uno que se libró

del naufragio. Ha perecido

el desgraciado Courville,

y en el mar se han sumergido

los frutos de su comercio:

no esperes ningun alivio

por mi parte... no, Arabela:

separarnos es preciso.

Arab. Oh, nunca, nunca!

Presentándole los brazos.

Carl. Arabela... *va á huir.*

Arab. Los lazos de mi cariño te detienen: rómpelos. *le abraza.*

Carl. Oh Dios, que cruel martirio!

Arabela, no me expongas

á que busque por mí mismo

el fin de tan fuertes penas.

Arab. Y cómo!... En el suicidio?

Yo te imitaré. *con resolución.*

Carl. Tú... *dando un grito.*

Arab. Yo... *con firmeza.*

Carl. Madre, mira, tienes hijo.

con fuerza,

Arab. Hijo, mira, tienes madre.

lo mismo.

ESCENA IX.

Han hecho esto viendo salir á Enrique, y Madama por distintas puertas.

Dichos, Madama, Enrique, y Francisco.

Enrig. Papá, llorais!

Arab. Hijo mio,

ven, arrójate á sus pies?

Quando ella le quiere poner á los pies de su esposo, este vuelve á la voz de su madre que dice:

Mad. Qué diablos ha sucedido?

Cárlos, hijo.

Carl. Madre mia!..

Se arroja á sus pies, y la besa la mano sin hablar.

Mad. Qué haces? qué tienes? qué ruido escuché? Pero mi mano

bañas con tu llanto? Hijo,

abrázame, abrázame.

Cárlos se arroja á sus brazos. Francisco pone la silla detras de ella.

Arab. Dios eterno, te suplico

que su madre le detenga?

Involuntariamente se pone de rodillas, y el niño la imita.

Enrig. Oid á mi mamá, Dios mio!

ESCENA ÚLTIMA.

Arabela de rodillas á un extremo del teatro, y junto á ella Enrique. Madama en su silla, y Cárlos á sus pies apoyada la cara en sus manos. Francisco limpiándose las lágrimas con la mano derecha, y apoyada la izquierda en el brazo de la silla. Armand saliendo del gabinete asido de la mano de Courville, y señalándote la interesante actitud de toda la familia.

Arm. Ved que escena?

Arab. Armand!

Carl. Armand!

se levanta precipitado.

Mad. Armand! pues á qué ha venido?

Un poco de silencio.

Arm. Oh respetable familia,
consuélate! han concluido
tus penas?

Carl. No, Armand, yo nunca
permitiré que...

Arm. Un puntillo
de honor, quizás muy culpable,
despreció los beneficios
de mi corazón, por esto
os presento en este amigo
un bienhechor.

Carl. Vos?...

Arm. Sí, Carlos.

Este anciano honrado, y digno
de toda vuestra amistad,
es el que se ha constituido
vuestro protector.

Carl. Armand,
juzgó que vuestros designios
son engañar me.

Arm. Yo?

Carl. Sí:

me presentais aquel mismo
socorro por otra mano.
Mas sin embargo que admito
una accion tan generosa,
siempre lo que tengo dicho
repetiré. Jamas, Carlos,
admitirá un beneficio
del amante de Arabela.
Sacrificar he sabido
mi felicidad, mas nunca
sobre venderla.

Arm. Os afirmo
que solamente Courville...

Carl. Qué escucho!

Arab. Es vuestro apellido
ese?...

Courv. Sí señora, sí.

Mi hijo desgraciado ha sido
la causa de vuestra ruina,
y la providencia quiso

que venga yo á repararla.

Duval, vos seréis mi hijo,
vuestros son todos mis bienes,
vuestros, vuestros... solo exigo
que me améis, y me llameis
vuestro padre.

Carl. El labio mio

os dará siempre ese nombre.

le abraza.

Arab. Bienhechor nuestro.

Courv. Oh, amigo, á Armand.
no olvidaré que esta dicha
os debo!..

Carl. Cómo?... habéis dicho

que os Armand?..

Courv. Haced justicia
á su virtud. Su designio
fué vuestra felicidad,
y aunque es cierto que ha querido
el que fuese por un mano
á la vuestra el beneficio,
tambien lo es que en este instante
yo solo pago de mi hijo
la deuda. Pero sabed
que Armand á este sacrificio
que os hacia de sus bienes,
añadia otro mas digno
á la verdad, pues queria
salir de su patria hoy mismo.

Carl. No consentais lo execute.

Courv. Si lo creyera preciso,
yo propio le aconsejara
el viage: mas ya le miro
como inútil. A mi patria
vendreis vosotros conmigo,
y él se quedará en Marsella.

Arm. Ah, cuál es el gozo mio
viendo que seréis felices!

Carl. Armand, mi rival! mi amigo!

le abraza.

Arm. Ese nombre es el que quiero.

Courv. Y el que tenéis merecido.
Vamos, olvidad las penas,
pues la paz ha renacido.
Enrique, ven á mis brazos,
tus padres serán mis hijos,

tu abuela será mi madre,
y con el mayor cariño
la cuidaré.

Carl. Madre amada!
y vos generoso amigo!
admiraos de la virtud
de mi esposa: habiendo sido
víctima de mi imprudencia,
por mas de un mes ha sabido
alimentarnos á costa
de su labor. En continuo
trabajo pasaba el día
y la noche.

Arab. Sí, he cumplido
mi obligacion.

Mad. Arabela,
que injustamente he podido
culparte, dexa me postre,

á tus pies.

Arab. Los brazos míos
os recibirán.

la abraza.

Mad. Perdona
mis injusticias.

Courv. Francisco,
aunque apenas te he tratado,
sin embargo he conocido
tu honradez, tambien vendrás
con nosotros.

Franc. Ya á pedirlo
iba yo sin cumplimiento.

Courv. Hijos, el cielo ha querido
tranquilizar nuestras penas,
démosle gracias rendidos,
y conozcamos que siempre
da consuelo al afligido.

FIN.

La aceptacion que han merecido al público éstas y otras piezas del Señor Castrillon (quien nos recuerda la buena versificacion de nuestros antiguos poetas), nos ha movido á hacer de las de mejor nota, una coleccion en el tamaño de octavo, con el nombre de *Teatro de D. F. E. Castrillon*; en el día donde ésta se hallan venales los tomos primero y segundo, que comprehenden, el primero el *Distraido*, la *Dorotea* y el *Reconciliador*; y el segundo *Marica la del Puchero*, el *Opresor de su familia*, *Aviso á los casados*, y *Mentira contra mentira*; los aficionados que los comprehen recibirán la rebaxa de un real en cada comedia del precio á que se venden sueltas en octavo.

En la misma librería se venden sueltas las dichas comedias, y las demas impresas del mismo autor, que son: el *Sordo en la posada*, el *Sueño*, y los dos *Ayos*.

Quedan en prensa del mismo autor, *Abre el ojo*, mi tia *Aurora*, la *Casa en venta*, la *Musa Aragonesa*, los tres *Maridos*, el *Esopo moderno*, y *Piensa Mal y acertarás*; las que se publicarán en breve.

